LA ALHAMBRA QUE FASCINÓ A LOS ROMÁNTICOS [1]

CRISTINA VIÑES MILLET [2]

RESUMEN

Tomando como base los relatos de viaje escritos por extranjeros, este artículo pretende recrear la Alhambra de los años centrales del siglo XIX, tal y como ellos la vieron, la vivieron y la sintieron.

Palabras clave: Alhambra, libros de viaje, románticos.

ABSTRACT

Taking travelling narrations written by foreign authors as a fundamental source, this paper aims to recreate the Alhambra as seen, felt and perceived by these travelling writers in the middle of the nineteenth century.

Key words: Alhambra, travel books, romanticists.

1 Este artículo constituye un pequeño avance de la monografía que, con ese mismo título, preparo hace tiempo.

2 Universidad de Granada

En la Alhambra hay algo, algo que es necesario comprender,
algo que nos están diciendo sus rojas alcazabas, sus patios
aprisionados entre el cielo y su reflejo móvil, su temblorosa
e ingrávida decoración…
Manifiesto de la Alhambra, 1953

«¿Cómo han de realizarse las obras que se ejecutan en el palacio de la Alhambra y demás dependencias del recinto árabe granadino? ¿Qué criterio debe presidir en la conservación del precioso monumento? ¿Ha de tenderse a su depuración arqueológica hasta el punto de hacer desaparecer de él cuanto la naturaleza, pródiga, y los hombres, caprichosamente, han ido sumando a lo que, en un tiempo, constituyó la verdadera fortaleza de la Alhambra? ¿O por el contrario, debe respetarse ese conjunto de exóticos elementos que entraron a formar parte del vivo poema de espléndidas bellezas que asienta su trono sobre los verdores perennes de la Colina Roja?

La Alhambra no es hoy lo que fue, ni el fin a que se destina es el mismo de entonces. La fortaleza se hizo jardín, el palacio reliquia, reliquia de leyenda, de evocaciones. Las columnas y los arcos que, un día, no tuvieron más belleza que su esbeltez, poseen hoy la de la morena pátina que las cubre y que nos habla, con el lenguaje del misterio, de seres y cosas que fueron, embellecidas todas por el resplandor de luna de los recuerdos… La ciudad antigua dejó de ser plaza fuerte… y sobre los Adarves de una de las murallas que aprisionan el recinto alhambrino, florecieron unos bellos jardines famosos en el mundo entero, porque desde sus miradores, aspirando el perfume de las rosas al atardecer, muchas generaciones de hombres de todos los países, contemplaron el maravilloso e incomparable espectáculo de las puestas de sol sobre el paisaje granadino» [3].

Escritas estas frases en 1915, responden a la polémica que desde los círculos especializados ha saltado a la calle, en torno al tratamiento de los mo-

3 ABEN HUMEYA (M. Fernández Almagro). «El problema de la Alhambra» *Granada*, 5, 5 agosto 1915.

numentos y al criterio que debe seguirse en ellos, enfrentando a quienes defienden una labor de restauración con los que se inclinan por la mera conservación. Debate importante para la historia y el arte, no es mi intención detenerme en él ahora mismo, sino en el concepto que se desprende de los párrafos anteriores.

No es su autor el único en entenderlo así y numerosos podrían ser los argumentos al respecto. Bastará sin embargo con el de Anatole France, plasmado en frases plenamente significativas. «Un monumento antiguo —dice— es, en muy contadas ocasiones, de un mismo estilo en todas sus partes. Ha vivido y viviendo se ha transformado. Porque el cambio es la condición esencial de la vida. Cada edad lo ha ido marcando con su huella. Es un libro sobre el cual cada generación ha escrito una página. No hay que modificar ninguna de ellas. No son de la misma escritura porque no son de la misma mano… Son testimonios diversos pero igualmente verídicos» [4]. Difícilmente se puede decir más en tan pocas líneas y decir algo que se identifique mejor con la Alhambra.

Muchas son las páginas de su larga historia, y a través de ellas se puede contemplar su proceso de transformación, paralelo en gran medida al de la ciudad que se extiende a sus pies. Épocas de esplendor y de decadencia han ido dejando su huella en torres y murallas, en adarves, palacios y edificios. Pero hay algo que ha permanecido por encima del tiempo y de sus avatares: su condición de pequeña ciudad con la que llegaría al siglo XIX, cuando iba a alcanzar una nueva dimensión de la mano —en gran medida— de los viajeros románticos.

En la primavera de 1929 llegaba Washington Irving a Granada para una larga estancia. Cumplía con ello un deseo largo tiempo sentido, como él mismo nos dice: «Desde que en mi lejana infancia, a orillas del Hudson, recorrí por primera vez las páginas de la vieja y caballeresca historia apócrifa de Ginés Pérez de Hita sobre las guerras civiles de Granada y las luchas de sus valientes caballeros, Zegríes y Abencerrajes, fue siempre esta ciudad objeto que despertó mis sueños» [5]. Muy poco antes, en 1826, había aparecido la primera edición de *El último Abencerraje* de Chateaubriand, escrita hacía algún tiempo [6]. Literato y viajero, no deja de ser interesante constatar el diferente tratamiento que, en una y otra faceta, concede a nuestra ciudad. Sus impresiones de viaje las dejó plasmadas en un grueso volumen que tituló *De París a Jerusalén*, en

4 Citado por TORRES BALBÁS, L. «Granada: la ciudad que desaparece» *Arquitectura*, V, septiembre 1923.

5 YNDURAIN HERNÁNDEZ, F. «Washington Irving, primer hispanista americano» *Washington Irving (1859-1959)*. Granada, Universidad, 1960.

6 CHATEAUBRIAND, F.R. *Les aventures du dernier Abencérage*. Paris, Champion, 1826.

el que corto es el espacio que le dedica [7]. Sin embargo, en ella desarrolla la trama de su Abencerraje, auténtico poema en prosa.

Ambos se sitúan en el pórtico del romanticismo, que iba a definir y fijar un nuevo canon de Granada. A través de la renovada imagen literaria que parte de Chateaubriand. A través, igualmente, de una corriente viajera no conocida antes. En ello el influjo de Irving es evidente, ya que sus *Cuentos de la Alhambra* que iban a dar la vuelta al mundo, contribuyeron de forma importante a difundir su nombre [8]. Historiador y curioso de la historia y de sus leyendas, dejó plasmado en ese libro un entrañable testimonio, en el que fantasía y realidad se funden en un todo. Su obra llega en el momento en que estalla con fuerza lo que había permanecido oculto y silencioso bajo la fría apariencia del neoclasicismo. Impresiones y sensaciones vienen a sustituir a la descripción que predominara con anterioridad en los relatos de viaje. El sentimiento aflora en ellos de forma constante, con trazo claro o en línea difusa, buscando en el pasado valores y motivaciones, en una evasión de la realidad impulsada —quizá— por la constatación de que ésta tiene poco que ver en ocasiones con lo soñado. Desde cualquiera de esas posiciones, nuestra ciudad venía a encarnar una vieja tradición y un rico mundo perdido [9]. Como en su día señaló Fernández Almagro, no era necesario aquí «rebuscar los temas propios del nuevo gusto, ni siquiera los pretextos para que la fantasía actuase: tan pródiga es siempre Granada en sugestiones literarias de cualquier género y estilo» [10].

Convertida casi en un mito, gentes de las más diversas procedencias y dedicaciones llegan hasta ella, deseando poder contemplar lo imaginado. De la impaciencia que les domina han dejado constancia en forma reiterada. «Jamás en mis continuos viajes he esperado llegar a un sitio en tal estado de excitación… Desde donde estábamos no podía ver más que una neblina cubriendo una ladera de una montaña. Esa neblina, sin embargo, era la ciudad de los moros, la romántica y caballeresca Granada» [11]. Así se expresa Isabella Romer, en frases

7 CHATEAUBRIAND, F.R. *Itineraire de Paris a Jerusalem et de Jerusalem a Paris, en allant par la Gréce, et revenant par l´Egypte, la Barbarie et l´Espagne*. Paris, Le Normant, 1812.

8 Para la difusión de esta obra: GALLEGO MORELL, A. «The Alhambra de Washington Irving y sus traducciones españolas» *Revista Hispánica Moderna*, XXVI, 3-4, 1960.

9 VIÑES MILLET, C. «La imagen de Granada en los viajeros románticos» *El Gnomo*. Boletín de Estudios Becquerianos, 3, 1994.

10 FERNÁNDEZ ALMAGRO, M. *Granada en la literatura romántica española*. Discurso de ingreso en la Real Academia de la Lengua. Estudio preliminar y notas al texto de C. Viñes Millet. Madrid, Editorial Rueda, 1995, pág. 60.

11 ROMER, I. «The Rhone, the Darro and the Guadalquivir. A Summer ramble in 1842». London, 1843. *Granada. Relatos de viajeros ingleses (1830-1843)*. Edición y traducción de López-Burgos. Melbourne, Australis Publishers, 2000, pág. 140.

que vienen a corresponderse con las de lady Tenison: «Cabalgamos apresuradamente hacia la cresta de la colina que había delante, todos ansiosos de obtener la primera vista de Granada y fue en verdad gloriosa, ya que el sol poniente estaba justo haciendo caer su dorada luz sobre las lejanas torres de la Alhambra, y la regia ciudad se levantaba ante nosotros, con su corona de montañas, mientras que la vega se extendía como una alfombra verde a sus pies. Puede haber pocas vistas tan encantadoras como esta; la fértil llanura, que se extiende unas treinta millas de ancho, parecía un verdadero paraíso…» [12].

Sin duda Irving contribuyó a difundir el nombre de Granada. Pero contribuyó, por encima de todo, a descubrir nuevamente la Alhambra. Esa inquietud sentida al aproximarse a la ciudad se acrecienta llegado el momento de poder contemplarla. «Al día siguiente —escribiría Lundgren— madrugamos y a las cuatro de la mañana, antes de que saliera el sol, caminamos a la Alhambra. Estábamos ansiosos de verla; el sol la ha mirado durante siglos; para nosotros era la primera vez» [13]. El amanecer contempló Annie Harvey, acodada en el pretil de la plaza de los Aljibes, renunciando al descanso tras un largo y agotador viaje. «La noche aún permanecía suspendida en los bosques de abajo, y las montañas nevadas de la sierra eran como espectros y formas misteriosas a la pálida luz del amanecer… El fresco aire de la mañana estaba endulzado por el perfume de rosas y de los setos de arrayán en el jardín que hay delante del ruinoso palacio español. La gran ciudad a nuestros pies estaba callada en profundo reposo… Pero, mientras que la estábamos contemplando, llegó el nuevo día con dorada gloria, cubriendo tanto el cielo como las montañas con rosadas nubes, mientras que el joven sol, llevándose ante él la neblina que había puesto hasta ahora un velo sobre la verde extensión de la Vega, nos desveló la maravillosa llanura con todo su rico esplendor… en un instante las campanas de todas las iglesias y conventos comenzaron a repicar y de todas partes surgió la agitación y el zumbido de la vida que estaba despertando» [14].

12 TENISON, L. «Castile and Andalucia». London, 1853. *Granada. Relatos de viajeros ingleses (1843-1850)*. Edición y traducción de M.ª A. López-Burgos. Melbourne, Australis Publishers, 2000, pág. 125. La estancia de Luisa Tenison en España se alargó desde finales de 1850 hasta mayo de 1853. Su obra incluye gran cantidad de dibujos y grabados realizados por ella misma y por el pintor sueco Egron Lundgren, que en aquellos años tenía fijada su residencia en Sevilla y con anterioridad había sido huésped de la Alhambra.

13 LUNDGREN, E. «Anotaciones de un pintor» Traducción del sueco de B. Nordencreutz. *Cuadernos de la Alhambra*, 5, 1969. Como se decía en nota anterior, Lundgren que viajaba acompañado del frenólogo Cubí, llegaba a Granada en mayo de 1849, retornando nuevamente al año siguiente.

14 HARVEY, A. «Cositas españolas; or Every Day Life in Spain». London, 1875. *Siete viajeras inglesas en Granada (1802-1872)*. Edición y traducción de M.ª A. López-Burgos. Granada, 1996, pág. 302. La estancia de Harvey tuvo lugar en 1872.

Inquietud que se traduce en sentimientos. «Nada sabría describir la impresión que experimenta el que atraviesa por primera vez la Puerta de las Granadas. Uno se cree transportado a un país encantado al penetrar bajo esos inmensos arcos de verdor, formados por olmos seculares, y se piensa en la descripción del poeta árabe que los compara a bóvedas de esmeralda. Es la más majestuosa decoración que podamos soñar, y si los ojos se encuentran maravillados, el oído no está menos deleitado por el canto de los pájaros y el murmullo de las cascadas y fuentes. El agua límpida de los arroyuelos es de un frescor continuo en este Edén, donde la primavera es eterna» [15].

Con frecuencia ha llamado mi atención en qué forma la Alhambra suscita sensaciones similares en personas distintas y en tiempos diferentes. Si las frases anteriores fueron escritas por el barón Charles de Davillier en los años sesenta del siglo XIX, en esta forma se expresa el griego Uranis entrado ya el XX: «Mi memoria ha guardado hasta hoy aquel sentimiento de la exquisita frescura que me acogió en su reino mágico… Altísimos y centenarios árboles, con sus ramas entrelazadas, formando a lo largo de su longitud un arco de profunda sombra, un túnel verde. Sentí que mi cuerpo se hundía en un baño de frescura y de sombra. Me paré extasiado. Alrededor de mí multitud de ruiseñores trinaban y escuchaba invisibles regueros de agua. Entre el verdor de los árboles veía las rosadas explosiones de inmensas adelfas…me sentía a mí mismo como aislado en un mundo mágico, sin ninguna comunicación con el mundo de la realidad» [16].

Ascendiendo por la alameda de la izquierda, nuestros viajeros llegarán ante la puerta de la Justicia. «Torre almenada, maciza, teñida de naranja y rojo sobre un fondo de cielo crudo, que tiene detrás de sí un abismo de vegetación, la ciudad como un precipicio, y más lejos grandes líneas de montañas veteadas de mil matices, como pórfidos africanos» [17]. Ante ella dos inválidos —encargados de abrirla y cerrarla cada día— les franquearán el paso a cambio de un poco de dinero [18]. La vivienda de estos soldados es la zona alta de la propia

15 DAVILLIER, Ch.de. *Viaje por España*. Ilustraciones de Gustavo Doré. Madrid, Adalia, 1984, tomo I, pág. 198. Viajeros por los años sesenta, la parte más interesante de la amplia obra de Davillier es la que dedica a temas hispánicos, siendo Doré uno de los mejores dibujantes e ilustradores de libros de su época.

16 URANIS, K. *Sol y sombra*. Edición y traducción de C. Mougoyanni. Madrid, Cátedra, 2001, págs. 177-78. Escritor y periodista, recorrió España con su esposa en 1931.

17 GAUTIER, T. *Viaje a España*. Edición y traducción de J. Cantera Ortiz de Urbina. Madrid, Cátedra, 1998, pág. 252. Escritor francés universalmente conocido, poeta y crítico de arte. En 1840 publicaba su viaje fruto de seis meses de estancia en España, acompañado por su amigo Piot.

18 Para un contexto general: VIÑES MILLET, C. «El Cuerpo de Inválidos y su organización en la reforma del ejército del siglo XVIII» *Revista de Historia Militar*, XXVI, 52, 1982.

puerta y las casillas adosadas a la muralla que bordean el camino de subida hacia la plaza de los Aljibes.

Lo decía al comienzo. Sigue siendo la Alhambra que alcanzaron a conocer los románticos una pequeña ciudad, enormemente viva y pintoresca. Quizá ahora más que nunca, siendo éste uno de los motivos de su fascinación [19]. La plaza de los Aljibes constituye su centro, no cesando en todo el día el movimiento en torno a los grandes depósitos mandados construir por Tendilla a poco de la conquista. Raro es el visitante que no mencione su agua «helada, extraordinariamente clara, que sale de las entrañas de la tierra» [20]. Raro el que no aluda al toldillo que proporciona agradable cobijo. «Siempre que volvíamos a la Alhambra buscábamos bajo el tejado de la cisterna un refugio contra el ardor del sol, y bebíamos un agua fresca y deliciosa que unos desgraciados, instalados a la sombra, sacaban del pozo por unas cuantas monedas» [21].

Quien así habla es nuevamente Davillier, introduciéndonos a continuación en el peculiar mundo de los aguadores. «El agua del Aljibe de la Alhambra —escribe—, que conserva todo el año la misma temperatura, goza en Granada de una reputación merecida. Es la mejor de la ciudad, y muy apreciada en un ardiente país donde al agua tiene sus catadores, como en otros países el vino. Pues todas las fuentes de Granada no son igualmente apreciadas por los entendidos. Así que hay un continuo ir y venir entre la ciudad y la cisterna de la Alhambra: siempre hay allí aguadores con pintoresco traje, esperando su turno; unos transportan agua en asnos que llevan a cada lado de su albarda una enorme jarra, protegida por espesa capa de hojas, lo que les hace parecer de lejos un matorral ambulante. Otros, más modestos, se contentan con transportar el agua en una especie de tonel cilíndrico provisto de una capa de corcho destinada a conservar el frío y terminado en uno de los extremos por un largo tubo de hojalata que sirve para verter el líquido. Dos o tres vasos y un pequeño frasco de aguardiente anisado, del que echan unas gotas en el agua para blanquearla, son sus únicos bártulos, y los llevan en bandolera por medio de

19 No sólo a los románticos. Muchos años más tarde Emilio García Gómez escribía: «Si se me preguntase en el puro aspecto plástico y sin tener en cuenta la conservación del monumento, qué inquilinos de los que la Alhambra ha tenido casaban mejor con ella, no vacilaría en responder que las gentes humildes que la habitaban en los tiempos de Washington Irving, y que éste ha descrito». «Color de la Andalucía romántica» *Silla del Moro y nuevas escenas andaluzas*. Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1954, pág. 23.

20 ANDERSEN, H.C. *Viaje por España*. Epílogo y notas de M. Rey. Madrid, Alianza, 1988, pág. 99. Escritor sobradamente conocido, Hans C. Andersen viaja por España entre septiembre y diciembre de 1862. A Granada llega en el mes de octubre procedente de Málaga, de donde traía cartas de presentación para Cánovas del Castillo, que se encontraba aquí con motivo del viaje de Isabel II y su familia.

21 DAVILLIER, Ch.de. *Viaje por España*, cit. pág. 203.

una correa. Y siempre que la sed ha agotado su provisión, vuelven a la Alhambra para llenar de nuevo su pequeño tonel» [22].

En uno de los frentes de la plaza la alcazaba, muy deterioradas por entonces sus torres, que fueron orgullo en otro tiempo de su sistema defensivo. La del Homenaje sigue utilizándose eventualmente como prisión, mientras que la Quebrada se ha habilitado para alojamiento de la brigada de confinados que ha comenzado a trabajar en las reparaciones del recinto [23]. El interior se distribuye entre pequeñas viviendas y espacios ocupados por huertos y viñedos. Dominándola, la torre de la Vela desde la que se contempla «un panorama sin rival debido a la inmensidad de su extensión, la diversidad de lugares que abarca, y el contraste de colores que visten su superficie. Leonadas montañas se levantan ondeando en el horizonte por todos lados, escarpadas y turbulentas como las olas de un océano enfurecido. Dentro de estos agrestes contornos se encuentra la Vega, llana y plácida como un paraíso cerrado. Aquí y allá su superficie forma cuadros debido a los colores amarillos de la cosecha o los blanqueados muros de pueblos y alquerías, pero la base es ese verdor que, entre la luminosidad de otros colores y de un brillante cielo, es tan refrescante para la vista como una copa de agua fresca para los resecos labios… Mirando directamente hacia abajo, aparece la ciudad ante nuestra vista. Ningún mapa podría ofrecer una mejor idea de su posición y trazado que una ojeada desde esta elevada torre…» [24].

Próxima al acceso que lleva a la alcazaba, la puerta del Vino emerge entre casillas que forman un abigarrado conjunto y constituyen una de las zonas que concentra a la población alhambreña que, a pesar de no ser en exceso numerosa en estos momentos, se dispersa un poco por toda la geografía del recinto. De forma muy particular en el entorno que centra la calle Real, de humildes edificios entre viñedos rectangulares, en los que de vez en cuando se pueden encontrar «ricos restos de mosaico, trozos caídos de cornisas y arcos morunos, admirablemente esculpidos» [25]. Población cuya presencia explica uno de los viajeros en esta forma: «Como se sabe la Alhambra era en los tiempos antiguos una fortaleza y toda clase de habitantes vivían dentro del recinto. Por eso quedan aquí una muchedumbre de edificios viejos, lúgubres y caducos, en parte vividos por gentes alegres y contentas, aunque no puedo comprender cómo se alimentan. Aquí viven familias con muchos hijos, niñas florecientes,

22 *Ibídem*. pág. 203.

23 Sobre ello: VIÑES MILLET, C. «Una prisión y un preso a fines del siglo XVIII. La Alhambra y Marcos del Castillo» *Anuario de Historia Moderna y Contemporánea*, 2-3, 1975-76.

24 MURRAY, R.D. «The Cities and Wilds of Andalucia». London, 1849. *Granada. Relatos de viajeros ingleses (1843-1850)*, cit. pág. 67. El viaje debió realizarlo en 1847.

25 ANDERSEN, H.C. *Viaje por España*, cit, pág. 100.

bien vestidas con claveles en el pelo. Aquí tienen su descanso los inválidos, fumando sus pitillos entre soldados curtidos y comiendo el *pan del estado*» [26].

El palacio de Carlos V, inconcluso y tapiado, es el más claro exponente de que el emperador —en contra de lo que hubiera sido su deseo— nunca pudo retornar a Granada [27]. No gustaron de él los románticos, que con frecuencia se muestran críticos, incluso despectivos. Seguramente porque no era la severa majestad del renacimiento lo que habían venido buscando. Con todo, alguna excepción hay en ese rechazo generalizado. La más significativa la del archiduque Maximiliano de Austria, que quiso comprender los móviles que le habían guiado al mandar edificarlo. «Cuando atravesó su bella España —escribe en su diario de viaje—, encontró Granada y quedó prendado de ella. Aquí se ofrecían unidos la frescura y el verdor de su riqueza nórdica y el abundoso brillo que captaba su espíritu romántico. Aquí tenía que vivir él. No era el emperador el que amaba la Alhambra, era el poeta quien amaba los jardincillos de rosas, los patios de arrayanes, los estanques con los surtidores que manaban perlas y plata y los estanques llenos de peces y que salpican alegremente, los bosques de finas columnas de mármol, el entrelazado arquitectónico y los arabescos, el ensoñador vivir de cuento rodeado del aroma de las rosas y el canto de los ruiseñores, con melodía y armonía, tal y como lo ofrecía el interior de este mundo palaciego… Pero el señor del mundo no podía quedarse a soñar sobre un trono eternamente iluminado por el sol… El palacio de Carlos es el de un príncipe en toda su majestad, con corona y yelmo; la morada del califa, una sirena con perlas húmedas en los ondeantes cabellos de seda» [28]. Dos mundos diferentes y en cierta forma unidos. En versos de un poeta: «Junto a una Venus dormida, un Marte decapitado» [29].

No gustaron en general los visitantes del regio edificio mandado construir por Carlos V, por más que algunos de ellos reconozcan la belleza de su arquitectura, que hubiera sido de admirar de haberse alzado en otro sitio [30]. Por eso

26 LUNDGREN, E. «Anotaciones de un pintor», art. cit. pág. 106.

27 CEPEDA ADÁN, J. «El palacio de Carlos V, símbolo de una frustración» *Cuadernos de la Alhambra*, 2, 1966.

28 AUSTRIA, M.de. *Por tierras de España. Bocetos literarios de viajes (1851-1852)*. Edición y traducción de K. Rudolf y M.A. Vega. Introducción de K. Rudolf. Madrid, Cátedra, 1999, pág. 155. La cita aquí transcrita continúa: «Si yo fuera soberano y tuviera que elegir entre ambas sedes principescas, sin vacilación echaría mano del palacio de Carlos». Maximiliano, hermano del emperador Francisco José, ocupaba en 1864 el trono de Méjico. No deja de ser significativo que, en su breve reinado, hiciera construir en Chapultepec un palacio que tenía algo de la solidez y majestad del de la Alhambra.

29 TOURNELLE, F. *Bajo el sol de Andalucía. Poesías.* Granada, Imp. López Guevara, 1890.

30 Ocurre así con Davillier y Tenison. También con E.M. Grosvenor para quien el palacio «Es de un estilo arquitectónico almohadillado muy bello con columnas y bajo relieves de mármol negro que están tan pulidos que tienen el aspecto de ser de bronce». «A narrative of a Yatch Voyage in the

pasan de largo ante él y al llegar a uno de sus ángulos —nos dice uno de ellos, actuando de improvisado guía— «torcemos bruscamente a la derecha y seguiremos por una triste y estrecha callejuela que se abre en un oscuro rincón. Llegaremos enfrente de una puerta de construcción moderna y de aspecto vulgar y llamaremos. Enseguida saldrá a abrirnos un guardián tocado con el sombrero andaluz. Le seguimos y al instante el espectáculo más maravilloso deslumbra nuestros ojos. Estamos en la Alhambra» [31].

La fascinación es el sentimiento que predomina al penetrar en un mundo que les parece de ensueño [32]. «Era como transitar por un maravilloso bazar de caprichosos encajes de piedra, donde el agua cristalina saltaba en los surtidores, fluía susurrante por los canalillos labrados en el mármol de los suelos y llenaba los grandes estanques en los que nadaban peces dorados. La parte inferior de las paredes, hasta la altura del pecho, estaba compuesta por azulejos polícromos; la parte de arriba era toda una superficie de cerámica color amarillo muy pálido, sin pulir, de apariencia marmórea, tan artísticamente cincelada, que daba la impresión de un velo de encaje extendido sobre el fondo rojo, verde, dorado… La Alhambra es como un antiguo libro de leyendas, lleno de signos de escritura fantásticos, trazados sobre oro y policromía: cada cámara, cada patio, es una página distinta de la misma historia, en la misma lengua y, sin embargo, siempre como un nuevo capítulo» [33].

Un mundo que en ocasiones adquiría calidades inesperadas. Así iba a ocurrir con motivo de la estancia de Isabel II en Granada, cuando los regios alcázares fueron escenario de alguno de los actos programados. De ellos tenemos puntual relación a través de la crónica de aquel viaje [34]. Algunas noticias más nos aporta un visitante, observador ocasional de los preparativos llevados a cabo en sus salas y estancias. Por ellas, multitud de obreros se movían incesantemente, «portando haces con ramos de mirto, farolillos multicolores y papeles pintados». De las paredes de la sala de las Dos Hermanas «pendían pesados tapices de damasco y terciopelo rojo con bordes y flecos de oro, que ocultaban en exceso cuanto era realmente bello; tan sólo el rico artesonado

Mediterraneam during the Years 1840-1841». London, 1842. *Granada. Relatos de viajeros ingleses (1830-1843)*, cit. pág. 117.

31 DAVILLIER, Ch.de. *Op. cit*. pág. 224.

32 Con todo, la primera impresión que transmiten muchos de los viajeros es de perplejidad, al no encontrar la magnitud o la grandeza que habían esperado. «El propio tamaño era decepcionante; el conjunto parece como una arquitectura de juguete». Impresión trocada pronto, ya que «cautiva por su elegancia». TENISON, L. *Op. cit*. pág. 132.

33 ANDERSEN, H.C. *Op. cit*. pág. 101.

34 *Crónica del viaje de sus Majestades y Altezas reales por Granada y su provincia en 1862*, por E. de los Reyes y F.J. Cobos. Granada, Imp. de D. Francisco Ventura y Sabatel, 1862.

original del techo podía admirarse en toda su magnitud. Alzar la mirada era como contemplar la corola de una hermosísima flor» [35].

El baile de gala, ofrecido por la Maestranza, tuvo como escenario el salón de Comares. También allí había tenido lugar, bastantes años antes, otro baile de corte ofrecido en honor de la infanta Luisa Fernanda y su esposo el duque de Montpensier [36]. Fue en 1849, cuando habían transcurrido tres años desde las dobles bodas reales que unieron a Isabel II con D. Francisco de Asís y a su hermana con Montpensier. Entonces, con ese motivo, se desplazó desde Francia una nutrida representación diplomática y cultural, de la que formaba parte Alejandro Dumas y en la que figuraban —además de su propio hijo— destacados pintores y escritores. También otro viajero ilustre, Teófilo Gautier, fue testigo del acontecimiento, enviado como corresponsal por un periódico parisino. Tanto Dumas como Gautier recorrieron España, llegando hasta Granada [37]. Viajeros por Andalucía fueron los Montpensier, haciéndose acompañar por el pintor Eduard Gerhardt, que dejó espléndidas imágenes de los lugares visitados, incluidas las varias que dedicó a la Alhambra [38].

En ella tuvo lugar ese baile de corte al que he aludido. Ese día «Todo el interior de la Alhambra estaba iluminado por miles de pequeñas lámparas. Pequeños kioscos transparentes se reflejaban en el agua clara de las grandes albercas de mármol. En todas partes se veían faroles de color, arañas con velas, guirnaldas de flores, coronas de arrayanes y festones de hojas. Había divanes de paño rojo y alfombras color amaranto en todas las salas y charanga en varias partes, bajo los peristilos elegantemente calados… La sala de baile fue la propia sala de los Embajadores. Desde el alto techo moro de estalactitas, colgaba

35 ANDERSEN, H.C. *Op. cit*. pág. 102.

36 Otras dependencias fueron habilitadas también en aquella ocasión. Es el caso de la sala de los Secretos, donde se celebró una comida campestre, que «había sido arreglada con divanes y cojines de seda, espejos y alfombras turcas y la Infanta había estado loca de alegría hasta dignarse bailar la *cachucha* con castañuelas, vestida de rosa con encajes negros. Los músicos se habían quedado escondidos en el pequeño jardín de Lindaraja entre los setos de mirto, alrededor de la pequeña fuente, tocando tan dulcemente, que resultaba cosa hechicera y las golosinas que traían de la cocina en vasijas de plata y de cristal eran indescriptibles». LUNDGREN, E. Art. cit. pág. 108.

37 En efecto, Dumas aprovechó aquel desplazamiento realizado con motivo de las bodas reales para recorrer el país. Sus impresiones las recogió en un volumen titulado *De París a Cádiz*, que vio la luz en su edición francesa en 1847. La parte que en él dedica a Granada ha sido objeto de una publicación con el título *Cuatro días en la Granada de 1846*. Granada, Ayuntamiento, 1996. Por su parte, Gautier ya había publicado en 1843 su *Voyage en Espagne*, uno de los mejores relatos viajeros del XIX.

38 Gerhardt, magnífico pintor de arquitecturas, había sido enviado por el rey de Prusia para reproducir los palacios y monumentos árabes. En 1849 se encontraba hospedado en la fonda de San Francisco de la Alhambra. En esa estancia trabó relación con Egron Lundgren, que por entonces moraba también en el recinto, como se ha dicho con anterioridad.

centelleando una araña brillante, cuyas luces parecían coronas de coral sobre el suelo cubierto de paño rojo… Había música y esencia de mil flores» [39].

Momentos que venían a romper la sosegada cadencia cotidiana de la que pudieron disfrutar nuestros viajeros, experimentando en el silencio sensaciones que no siempre les resultó fácil transmitir con palabras [40]. Ocurre así en distintos lugares pero, de forma muy particular, ante ese salón de Embajadores. «¿Qué más da que os cuente que la parte baja de las paredes está revestida de azulejos verdes? ¿O que toda la pared, de arriba a abajo, es semejante a un tul extendido sobre brocado de oro y púrpura? ¿Y que dicho tul no es sino piedra labrada, labor maravillosa de filigrana, iluminada por la luz que penetra por los ajimeces en forma de herradura, cuyos arcos reposan sobre airosas columnas de mármol? ¿Y que rosetones abiertos sobre las ventanas acentúan la luminosidad, permitiendo ver, como se merece, el suntuoso artesonado de los techos? Una fotografía, no palabras, podría reproducir semejante cuadro; mas con la fotografía quedaríamos supeditados a su vista desde un ángulo determinado» [41].

Siempre que he leído estos párrafos me han venido a la mente los que escribiera muchos años más tarde Emilio García Gómez, que reflejan inquietud semejante: «Tan pronto miro hacia la alberca del patio, como me asomo a los balconcillos del fondo, para curiosear, casi a vuelo de pájaro, el Albaicín, como voy a los de la izquierda, para seguir la línea de sutura de la muralla y el bosque, como a los de la derecha, para ver si el pájaro del Generalife sigue posado en su percha verde. A veces, mis ojos se alzan para perderse entre las constelaciones de nácar de la cúpula, o quedan fijos en el suelo, siguiendo los dibujos del cuadro de azulejos que hay en el centro. Cuando observo una cosa me hostiga la curiosidad por otra; un paisaje pide ser completado por el de enfrente; el gusto de contemplar un panorama queda acibarado por el pesar de no poder gozar al mismo tiempo el opuesto…» [42].

Testimonios que transmiten sentimientos y sensaciones. También, en ocasiones, los relatos de viaje ayudan a penetrar en la realidad de un monumento en constante mutación, a conocer su estado de conservación o los trabajos que

39 LUNDGREN, E. Art. cit. pág. 111.

40 Esa incapacidad de describir la Alhambra con palabras es algo que se repite igualmente. En 1830, en carta a Sophie Duvaucel, decía Próspero Mérimée, «No le diré nada sobre la Alhambra: la tiene usted en su biblioteca; pero créame que no está dispensada de hacer el viaje a Granada y que ningún libro en cuarto, ni siquiera en folio, podrá darle una idea del Patio de los Leones y del Salón de Embajadores». *Viajes a España*. Traducción, prólogo, notas y cronología de G. Ramos González. Madrid, Aguilar, 1990, pág. 33.

41 ANDERSEN, H.C. *Op. cit*. págs. 101-102.

42 GARCÍA GÓMEZ, E. «Torre de Comares» *Silla del Moro y nuevas escenas andaluzas*, cit. pág. 39.

en cada momento se realizan en él [43]. En los años cuarenta, «En el propio palacio se estaban llevando a cabo extensas reparaciones; una de las enormes torres que hay sobre el Darro ha sido reconstruida desde los cimientos y estaban restaurando el interior, que ha sido realizado con tanta destreza por un joven perteneciente a la ciudad, que si los arquitectos árabes fuesen a reaparecer tendrían gran dificultad en distinguir entre su propio trabajo y el de sus sucesores» [44]. Algo más tarde era el patio de los Leones, según nos dice Maximiliano de Austria, lamentando que aquella circunstancia le privara de poder contemplar algunos de los «artificios de agua que penetran en el interior de cada estancia» [45].

Obras las realizadas entonces en él que, en alguna medida, iban a transformar su imagen. «Desde la propia fuente salen cuatro caminos de mármol blanco encontrándose los espacios intermedios llenos de rosales, arrayanes, granados, adelfas y naranjos cuyos olores perfuman el aire y, junto con el frescor que produce el agua de la fuente, invita al reposo» [46]. Algunos años después, coincidiendo prácticamente con la visita del archiduque austriaco, lady Tenison nos dice que las plantas y los árboles han sido sustituidos por un suelo enlosado, para evitar el deterioro que los riegos estaban produciendo en los cimientos [47]. Con todo, allí, es el patio en sí mismo el que hace brotar las más bellas frases [48].

43 No deja de ser interesante que frente a la idea generalizada del mal estado de los palacios y del abandono en que se les tenía, hay quien opine lo contrario. Es el caso —no único— de Isabella Romer, cuando afirma: «La extraordinaria conservación del interior, la pureza intachable de las esbeltas columnas de mármol que sostienen ligeros arcos, las susurrantes fuentes que adornan los distintos patios y el perfecto orden en que mantienen todo el conjunto, destruye cualquier idea de abandono y desolación». *Op. cit*. pág. 145. La estancia de Romer tiene lugar en 1842, es decir, en fechas relativamente tempranas.

44 WIDDRINGTON, S.E. «Spain and the Spaniards in 1843». London, 1844. *Granada. Relatos de viajeros ingleses (1843-1850)*, cit. pág. 30. Widdrington, viajero y escritor de temas españoles, había estado con anterioridad en Granada, en los años treinta, bajo el nombre de S.E. Cook, estancia de la que también dejó constancia escrita.

45 AUSTRIA, M.de. *Por tierras de España,* cit. pág. 158.

46 ROMER, I. *Op. cit*. pág. 146.

47 TENISON, L. *Op. cit*. pág. 137.

48 «Encajes de Bruselas tejidos en porcelana; arcos de tul bordado en piedra», le pareció a Andersen (p. 102). Esa comparación de la decoración de la Alhambra con bordados y encajes, usada en ocasiones por los visitantes extranjeros, no es única en ellos. También Fortuny la utiliza en carta a su amigo Simonetti cuando le dice: «Imagínate la villa Borghese en la cumbre de una montaña rodeada de antiguas torres moriscas y en el centro el palacio árabe más bello que se pueda soñar, de un lujo y de una ornamentación tales, que las paredes parecen recubiertas de encajes y de tejidos de la mayor riqueza». MORENO GARRIDO, A. «El palacio de Carlos V a través de varios dibujos de Mariano Fortuny» *Cuadernos de la Alhambra*, 8, 1972. Fortuny llegaba a Granada en junio de 1870, acompañado de Cecilia Madrazo —hija del pintor— con la que había contraido matrimonio poco antes.

Incluso un romántico rezagado como Edmundo de Amicis, no pudo escapar a su fascinación. «Un bosque de columnas, un laberinto de arcos y bordaduras, una elegancia indefinible, una delicadeza que no puede imaginarse, una riqueza prodigiosa, un no se qué aéreo, transparente, ondulante, como un grandioso pabellón de encajes; la apariencia de un edificio que un soplo puede arruinar, una variedad de luces, de perspectivas, de obscuridades misteriosas; una confusión, un desorden caprichoso de nimiedades; una majestad de palacio real, una alegría de kiosco, una gracia amorosa, una extravagancia, una delicia, una fantasía de joven apasionada, un sueño de ángel, una locura, una cosa sin nombre; tal es el efecto que produce el patio de los Leones» [49].

Desde él, para aproximarse al peinador de la Reina, nuestros viajeros tendrán que atravesar corredores y salas, pasar por reducidos patios, entrar en magníficas estancias de baños cuya entrada guardan «ninfas de mármol y sátiros rientes», subir de nuevo para salir a galerías que forman delicadas columnas que sustentan arcos… Muy pocos son los que no se detengan despaciosamente una vez llegados a esa frágil torre —a la que alguien comparó con el nido del águila—, al sentirse envueltos en la sugestión que ejerce este lugar.

«Belvedere encantador» en sus pequeñas proporciones, lleno de gracia, de elegancia, de primor. Todo parece bello en él. Su pavimento de mosaico, en admirable combinación de colores [50]. La profusión de su ornamento. La singularidad de su techo. Su arquitectura de pequeños ajimeces. Las pinturas que lo adornan con profusión [51]. A pesar del estado de deterioro en el que se encuentran, al que no son ajenos los propios visitantes, constituyen «lo más cercano a los frescos de Rafael que yo haya visto tanto fuera como dentro de Italia», en opinión de Samuel Cook [52].

Pero es el paisaje que lo rodea el que confiere a este lugar muy especiales connotaciones. Un paisaje que siempre está presente en los relatos románticos,

49 AMICIS, E.de. *Impresiones de un viaje hecho durante el reinado de D. Amadeo I.* Barcelona, Maucci, 1895, págs. 325-26. Edmundo de Amicis, autor italiano de varios libros de viaje, fue también novelista que alcanzó importante reputación en su época.

50 MURPHY, J.C. *The Arabian antiquities of Spain.* London, Cassel and Davies, 1813. Entre 1802 y 1809 Murphy estuvo dedicado a reproducir y estudiar las construcciones árabes de Granada, Córdoba y Sevilla. De regreso a Inglaterra dedicaría varios años a preparar la edición de su obra.

51 También en este caso hay sus excepciones, concretamente la de Isabella Romer —lo que no deja de extrañar por ser persona que en muchas ocasiones ha dado muestras de su sensibilidad— que lamenta «el mal gusto de los españoles al haber pintado el interior de este pabellón… con frescos en los que se representa una colección de dioses del Olimpo, sobre un fondo rojo, que no están mal ejecutados, aunque hacen que el espectador se vuelva con disgusto al contemplarlos» *Op. cit*. pág. 61.

52 COOK, S.E. «Sketches in Spain During the Years 1829, 30, 31 and 32». London, 1834, 2 vs. *Granada. Relatos de viajeros ingleses (1802-1830).* Edición y traducción de M.ª A. López-Burgos. Melbourne, Australis Publishers, 2000, pág. 199. Al respecto de este viajero véase lo dicho en nota 44.

pero que aquí adquiere un carácter protagonista [53]. Por eso, vuelven siempre que les resulta posible. «¡Cuantas horas he dejado pasar aquí —escribía Gautier— en esta melancolía serena tan diferente de la melancolía del Norte, con una pierna colgada en el abismo, recomendando a mis ojos que captaran muy bien cada forma, cada contorno del admirable cuadro que se despliega delante de ellos y que sin duda alguna no volverán a ver» [54]. Bello durante el día, lo era más a la caída de la tarde. «A través de las ligeras columnas de mármol blanco, se extiende la vista por uno de los panoramas más maravillosos que existen en el mundo. Cuando uno se inclina hacia afuera, se divisa una torrentera de inmensa profundidad, en cuyos bordes crecen álamos y otros árboles tupidos y apretados. Se siente vértigo al descubrir muy abajo, a nuestros pies, las altas copas de estos árboles, vistos en escorzo. A un lado se alza la imponente torre de Comares, al otro, los blancos muros del Generalife, que resaltan sobre una masa de oscuro verdor… Una o dos horas antes de ponerse el sol era cuando gustábamos admirar aquel sorprendente espectáculo. Y algunas veces, para contemplarlo, nos quedábamos allí hasta la hora en que comenzaba el crepúsculo» [55].

Regalo del emperador a su esposa Isabel quiso ser este peinador, en aquella estancia de 1526 que para él iba a ser inolvidable. A su lado, sobre los jardines que rodearan el cuarto de los Leones, mandaría alzar una serie de estancias que habían de servirle de alojamiento. En algunas de esas habitaciones vivió Washington Irving, huésped privilegiado de los regios alcázares. También lo fue Richard Ford, en la vivienda ocupada por los gobernadores antes de que éstos decidieran trasladarse a la ciudad, situada en la zona alta del Mexuar y conectada con los restantes palacios de la Alhambra. Es algo que comunica por carta a su amigo Addington —como también hiciera Irving con Dolgoruki— invitándolo a desplazarse a Granada. «Me encuentro cómodamente emplazado aquí, después de mucho pintar y blanquear, y si usted logra escapar de Madrid, le puedo dar una alcoba cuidadita y una sala desde cuyos balcones se descubre una vista inigualable. La diferencia de temperatura aquí con respecto a la ciudad baja es de unos seis u ocho grados. Además tenemos siempre una brisa deliciosa y un constante gotear y salpicar de las fuentes» [56].

53 Sobre el paisaje y el papel que juega en los relatos viajeros, VIÑES MILLET, C. *Granada en el imaginario romántico*. Conferencia. Granada, Ayuntamiento, 2002.

54 GAUTIER, T. *Viaje a España*, cit. pág. 257.

55 DAVILLIER, Ch.de. *Op. cit*. pág. 243.

56 Alhambra, 15 de junio (1831). FORD, R. *Granada. Escritos con dibujos inéditos*. Traducción y notas de A. Gámir. Granada, Patronato de la Alhambra y Generalife, 1955, pág. 47. Richard Ford, abogado que abandonó pronto el ejercicio de su profesión, llegaba en 1830 a España con su esposa e hijos, permaneciendo tres inviernos en Sevilla y dos veranos en Granada. Las habitaciones ocupadas por él

Después las cosas cambiarían, no siendo posible ya habitar los palacios dadas las órdenes dictadas al respecto. Aunque en ellas se hiciera en ocasiones una excepción, como iba a ocurrir con Gautier y Piot, su compañero de viaje. «Sentíamos por la Alhambra tal pasión —confiesa el primero— que, no contentos con ir todos los días, quisimos alojarnos allí… y, gracias a la protección de nuestros amigos de Granada, sin darnos un permiso oficial, se nos prometió no darse por enterados de nuestra presencia. Pasamos allí cuatro días y cuatro noches, que constituyen los instantes más deliciosos de mi vida sin duda alguna». Y algo más adelante prosigue. «Habíamos establecido nuestro cuartel general en el Patio de los Leones. Nuestro mobiliario consistía en dos colchones que recogíamos y dejábamos enrollados de día en algún rincón, en una lámpara de cobre, en un jarrón de tierra y en algunas botellas de vino de Jerez que poníamos a refrescar en la fuente. Nos acostábamos algunas veces en la sala de las Dos Hermanas, y otras en la de los Abencerrajes, y yo no dejaba de experimentar una cierta aprensión cuando, extendido sobre mi manto, miraba caer, por las aberturas de la bóveda, en el agua del estanque y sobre el pavimento reluciente los rayos blancos de la luna completamente extrañados de cruzarse con la llama amarilla y temblorosa de una lámpara» [57].

Tan sólo una excepción que yo sepa. La inmensa mayoría de los viajeros tuvieron que adaptarse —si querían residir en la Alhambra— a alguna de las posibilidades que por entonces ofrecía el recinto. Unos optaron por instalarse en una de las pequeñas casillas que se apiñaban como un laberinto en torno a la iglesia de Santa María, formando un conjunto de humildes edificios entre viñedos y huertas. Es el caso de Egron Lundgren que, tras abandonar la fonda de La Minerva, ocupó una de esas casas, de paredes grisáceas, «con dos cuartos vacíos en la planta baja y otros dos arriba. Una huertezuela alrededor, con higueras nudosas, granados, rosas y parras, macetas y bancos y unos estanques de piedra dispuestos para bañarme» [58].

Otros, como lady Tenison, prefirieron alquilar un carmen en las inmediaciones. El que ocupó con sus acompañantes, se encontraba situado por encima de la iglesia de San Cecilio enlazando con la Antequeruela. En su terraza emparrada, según nos dice, «pasábamos nuestros días a la sombra del exube-

fueron las primitivas de Irving, antes de trasladarse a las dependencias del emperador, acerca de las que dejó escrito: «Al alojarme en la Alhambra me arreglaron una serie de habitaciones de arquitectura moderna, destinadas para residencia del gobernador. Estaban enfrente del Palacio mirando hacia la explanada». *Cuentos de la Alhambra*. Edición e introducción de A. Gallego Morell. Madrid, Espasa Calpe, 1991, pág. 64.

57 GAUTIER, T. *Op. cit*. págs. 250 y 261 respectivamente.

58 LUNDGREN, E. Art. Cit. pág. 100.

rante follaje, y nos refrescábamos con el sonido del agua al correr de numerosas fuentes, mientras que las exquisitas uvas colgaban en espesos racimos por encima de nuestras cabezas. Era un lugar precioso desde el cual contemplar el magnífico paisaje, bañado por todos los brillantes tonos del sol poniente cuando se ocultaba por detrás de Sierra Elvira, vistiendo las montañas de un manto púrpura y arrojando un torrente de luz dorada sobre la llanura…» [59].

La mayoría, sin embargo, se inclinaron por utilizar los servicios de las hospederías que —precisamente por la creciente afluencia de visitantes— habían comenzado a abrir sus puertas. La instalada en el antiguo convento de San Francisco era una de ellas, «un tanto desastrosa, pero bonita a la vista desde la mayoría de sus ángulos» [60]. Mucho más frecuentada y preferida por los viajeros fue la fonda de Siete Suelos, ya que como diría el pintor Hugo Birger estaba fabulosamente situada, «cerquita de la muralla interior de la Alhambra y con la extensión azulada de la vega abajo. El edificio mismo era una casa con tejado llano. Al lado había un pequeño jardín en terrazas, con muros rosa, setos y arbustos en flor» [61]. En ese jardín se hacía la vida, «a la sombra de los árboles, junto a los surtidores donde saltaba el agua y a los susurrantes manantiales» [62]. Ya en los años sesenta era el Washington Irving el que comenzaba a funcionar. El hotel más cómodo de toda España, en opinión de W.A. Tollemache, «situado en lo más alto, como un nido en medio de los olmos y álamos, y a cinco minutos andando desde la entrada principal de la Alhambra» [63].

Residir dentro de sus muros tan sólo tenía un inconveniente, y era que a las diez de la noche se cerraban las puertas [64]. En contrapartida, una vez que se conocía al portero del viejo palacio y se había trabado relación con él, «pue-

59 TENISON, L. *Op. cit*. pág. 118.

60 ADOLPHUS, J.L. «Letters from Spain in 1856 and 1857». London, 1858. *Viajeros ingleses en la Granada de 1850*. Edición y traducción de M.ª A. López-Burgos. Melbourne, Australis Publishers, 2001, pág. 188. Abogado y escritor, su obra es la recopilación de una serie de cartas escritas a su esposa y a algunos amigos íntimos, durante dos cortos periodos de vacaciones pasados en España entre 1856 y 1857.

61 «Episodio de amor y arte en la Alhambra, del pintor Hugo Birger». Traducción de B. Nordencreutz. *Cuadernos de la Alhambra*, 4, 1968, pág. 141. Pintor sueco que vivió en Granada entre 1882 y 1885 acompañado por un grupo de amigos, todos ellos artistas. Birger casaría con Matilde, hija de D. José Gadea, propietario de la fonda de Siete Suelos.

62 ANDERSEN, H.C. *Op. cit*. pág. 119.

63 TOLLEMACHE, W.A. «Spanish Towns and Spanish Pictures». London, 1870. *Siete viajeras inglesas en Granada*, cit. pág. 264. Su estancia tiene lugar en abril de 1869.

64 Al ser la Alhambra una fortaleza «donde hay una escasa guarnición, la rutina de la disciplina militar está en consecuencia reforzada, y a las diez en punto por la noche se cierran las puertas». MURRAY, R.D. *Op. cit*. pág. 72.

des entrar a cualquier hora del día con la libertad de poder moverte a través de las salas encantadas sin estar acompañado por un guía y con poca interrupción durante todo el tiempo que tú desees. Sólo te molestan algún grupo de visitantes ocasional, algún trabajador o algún laborioso artista» [65].

Circunstancia ésta que les permitió no sólo habitar sino vivir la Alhambra, al recorrerla despaciosamente, al contemplarla en todos los momentos, al comprobar los cambiantes efectos que los juegos de luces producían en las distintas salas, al poder pasearla cuando las sombras la han invadido ya [66]. «Cuando todo está en calma y en silencio, cuando ningún sonido molesta la casi abrumadora tranquilidad del escenario, la imaginación puede dar rienda suelta a sus desenfrenadas fantasías, y poblar estos patios una vez más con sus antiguos habitantes. Cuando la brillante luna se mira en las columnas encantadas… todo se mezcla en las profundas y oscuras sombras que esconden las tristes realidades que hacen desvanecer las imágenes del pasado. No se ve otra cosa que el bello contorno, que aparece más como trabajo de genios que de hombres, y que parece como si el más leve soplo le pudiera hacer desaparecer» [67].

Les permitió intuir en qué forma la vegetación había llegado a convertirse en elemento consustancial a ella, al trabarse en estrecho maridaje con la obra del hombre [68]. «La naturaleza ha otorgado muchas gracias a este lugar favorecido, y con mano rica y llena de magnificencia ha cubierto con vestido de hojas y flores todo lo que podía ser desagradable. Nunca podían estar las ruinas más sonrientes en su destrucción que están estas, ya que el tiempo con sus diversos matices ha convertido en belleza incluso la decadencia» [69].

Pudieron comprender que la Alhambra era producto de una larga historia, en la que cada generación y cada tiempo había dejado su huella. Es algo que

65 ADOLPHUS, J.L. *Op. cit*. pág. 193.

66 «Entender la Alhambra requiere muchas visitas… Cada hora del día conlleva, con su luz peculiar, su propio encanto y presta su efecto a tal o cual parte del edificio». HARE, A.J.C. «Wanderings in Spain». London, 1892 (6.ª ed.). *La Andalucía de los libros de viajes del siglo XIX*. Antología. Introducción y selección de M. Bernal Rodríguez. Sevilla, Editoriales Andaluzas Unidas, 1985, pág. 200. Hare, autor de varios libros de viaje, recoge en éste sus impresiones del realizado por España entre 1871 y 1872. La idea plasmada en estas frases se corresponde —entre otros— con la de W.G. Clark cuando dice: «La Alhambra debería ser vista desde todos los puntos y con todas las luces» «Gazpacho or Summer Months in Spain». London, 1850. *Relatos de viajeros ingleses (1843-1850)*, cit. pág. 94. Hombre de letras y editor, el viaje lo realiza entre junio y octubre de 1849.

67 TENISON, L. *Op. cit*. pág. 139.

68 «La vegetación se adueña del ambiente sustituyendo antiguas presencias y reemplazando a vacíos significativos gracias a la bondad de sus texturas, a la suavidad de los colores, a la amortiguación de los rigores del verano, al generoso maridaje de una cultura de conservación que ancla sus raíces en el romanticismo y en la ruina de la que la vegetación suele ser protagonista». SALMERÓN, P. *La Alhambra. Estructura y paisaje*. Granada, Ayuntamiento, 1977, pág. 66.

69 HARVEY, A. *Op. cit*. pág. 309.

queda plasmado en estas frases que la describen al contemplarla desde el mirador del Generalife, dominando su configuración «con su recinto de torres rojizas medio en ruinas y sus lienzos de muros que suben y bajan siguiendo las ondulaciones de las montañas. El palacio de Carlos Quinto, que no se descubre por el lado de la ciudad, dibuja en las faldas adamascadas de Sierra Morena cuya línea más alta penetra gallardamente en el cielo, su masa robusta y cuadrada que el sol dora con un reflejo rubio. El campanario de Santa María perfila su silueta cristiana por encima de las almenas moras. Algunos cipreses lanzan a través de los muros sus negros suspiros de hojarasca en medio de toda esta luz y de todo este color azul, como un pensamiento triste en una cabeza alegre. Las pendientes de la colina… desaparecen bajo un océano de vegetación» [70].

También llegaron a ser conscientes de que la Alhambra era una pequeña ciudad y por eso gustaron deambular entre las ruinas, seguir alguna de las infinitas veredas, conocer ocultos rincones, descubrir bellezas ignoradas. Las que encierran algunas de las torres del recinto, sin ir más lejos. Habitadas las más de ellas por gentes humildes, su estado de deterioro era evidente [71]. Con todo, los restos de su antiguo esplendor permanecían en algunas, como en la de la Cautiva, a la que gustaba ir a pintar a Lundgren, quien nos dice: «En los bajos de las paredes, las obras de mosaico están rotas o deterioradas, pero los ornamentos moros, ricamente enredados en las paredes de estuco, todavía se conservan bastante bien» [72]. En la de las Infantas, por encima de todas. «El alto techo era un enorme calado muy delicado y de aspecto mágico, ahora desgraciadamente roto y ennegrecido debido al abandono y al humo. Las paredes aún retenían parte de la magnífica decoración dorada y de colores con la que antiguamente habían estado cubiertas. Alrededor del hogar quedaban vestigios de espléndidas tallas, y las ventanas sin cristales, con sus columnas de aspecto frágil y exquisito diseño, eran ejemplares del mejor periodo de la arquitectura árabe». Quien acaba de hablarnos es Annie Harvey, que concluye diciendo: «Pero la belleza del interior no podía igualar a la belleza del exterior. La magnífica vista que abarcaba las montañas, la vega y la ciudad, estaba bañada por la luz del sol poniente» [73].

70 GAUTIER, T. *Op. cit*. págs. 265-66.

71 Cuando en los años noventa Henry Lyonnet visita Granada las cosas han cambiado en este sentido, y así puede afirmar que la torre de las Infantas «no es otra cosa que un maravilloso palacio árabe, completamente reconstruido» y que la torre de la Cautiva ha sido «restaurada también con gran habilidad». *La España desconocida*. Edición y traducción de F. Piñero. Madrid, Cátedra, 2000, pág. 197.

72 LUNDGREN, E. Art. cit. pág. 107.

73 HARVEY, A. *Op. cit*. págs. 309-10.

Vivencias, impresiones, sensaciones que, prendidas en los relatos viajeros, nos permiten recrear un mundo y un ambiente hace tiempo desaparecidos. Mundo y ambiente que ellos vivieron con intensidad. Si la impaciencia les dominaba al llegar, la nostalgia les acompañará en la despedida. Ejemplo acabado de ese sentimiento son las palabras con las que Teófilo Gautier vino a cerrar el libro en el que había recogido su estancia en España. «Al día siguiente, a las diez de la mañana entrábamos en la pequeña ensenada al fondo de la cual se nos presenta en todo su esplendor Port-Vendres. Estábamos en Francia. ¿Os lo confesaré? Al poner el pie en el suelo de la patria noté que los ojos se me llenaban de lágrimas, pero no de alegría, sino de pena. Las Torres Bermejas, las cimas de plata de Sierra Nevada, las adelfas del Generalife, las largas miradas de terciopelo húmedo, los labios de clavel en flor, los pequeños pies y las manos pequeñas, todo eso me volvió con tanta viveza a la memoria que me pareció que esta Francia en la que sin embargo iba a ver de nuevo a mi madre, era para mí una tierra de destierro. El sueño había acabado» [74].

74 GAUTIER, T. *Op. cit*. pág. 381.